

El Eco de Cartagena

Diario decano de la Prensa del Reino de Murcia y de la Región de Levante

JUEGOS FLORALES EN CIUDAD REAL

Premio del Instituto otorgado a nuestro redactor señor Recalde

EL AMO

Lema: Aromas de la Sierra

Poesía altamente moral, dedicada a la memoria del labrador de los campos de Salamanca, el exímio poeta José María Gabriel y Galán.

I

¡Yo le quise cantar a mi novia...!
 ¡A quién mejor que a ella...!
 si Dios me la dio
 para compañera...?
 Infundía el aliento en mi alma
 por olvidar la hacienda,
 y en la Sierra no vieron mis ojos
 mujer más honesta,
 más pura, más noble,
 más santa, más buena,
 ni de amor fondeo,
 ni mayor franquicia...
 Siempre humilde, amante,
 cariñosa, ingenua,
 su amor me contaba
 en las noches bellas
 de paz y sosiego,
 tranquilas y amenas...
 Ella iluminaba,
 la casa, la yega...
 fulguraba en sus ojos azules
 la luz de esa estrella
 que en el limpio cenital de los cielos
 de fuego de Venus,
 y separec sus rayos
 que el suelo calden,
 y dora las mieses,
 las frutas calientes,
 y todo lo pone
 dorado en la tierra.
 Y mi novia tenía una plantación
 de flores repletas:
 jazmines, azahares,
 nardos, rosas,
 y rosales divinos y hermosos
 que añoraban y olean
 el ambiente en el campo
 al que llenan,
 de aromas, perfumes,
 de frescas esencias...
 y aún recuerdo que allí en aquel huerto,
 ilusión de ella,
 era el aire más suave, más puro,
 lo era complacencia,
 y mi espíritu allí se sentía
 dormido en la calma de aquella ribera,
 porque yo soñaba
 con la gloria eterna
 y allí parecía que el fin la había hallado
 llena de grandezas.
 Y es que en horas tranquilas y hermosas,
 apacibles, alegres, risueñas,
 los pastores encuentran consuelo;
 allí dulcifican los pobres sus penas,
 y allí olvidan aquellos perversos...
 Yo pensé que en mí la izquierda
 era lo triste;
 sin padre, sin madre,
 huérfano de padre...
 que ya el mundo por mí era un largo,
 que lo era dolencia,
 y ora no encontrar los amores
 que el cielo ha querido que encontrase en ella.
 Allí en la colina,
 allá en la pradera,
 donde cantan millares de aves
 sus dulces amores y la gaita suena,
 yo también mis pesares cantaba,
 cuando por la tarde
 cruzar y una tarde

tranquila y serena,
 como una paloma,
 alegre y risueña,
 a la moza que fué novia mía
 y que hoy es el alma de mi triste hacienda...
 y es que yo, como ingenuo muchacho
 que amar solo anhela,
 me quedé como quedan los hombres
 que su amor encuentran...
 Y ya, desde entonces,
 si fueron las penas,
 y mi alma soñaba
 con la moza aquella.

II

El amo, era bueno:
 él mismo, en conciencia,
 me decía que el hombre no puede
 vivir en la tierra
 sin aquel sacrificio del alma
 que anima, que alienta,
 a sufrir de este mundo los males,
 a arrastrar la carga,
 de suores, trabajos, fatigas,
 de llantos, tristezas,
 y el decir que yo no era el mismo
 gahú que antes era...
 y me dijo con voz dulce, grata,
 sencilla y discreta,
 «qué era aquello que en mi pecho había
 cuando algunas tardes lloraba en la aldea...»
 y yo, ante él estaba,
 bajo la casa,
 pues creía que el amo intentase
 decirme sin duda, «no pienses en ella...»
 Pero el amo era bueno y sabía,
 lo que son de amores las amargas penas,
 y una tarde, ¡oh, que tarde!
 me dijo en la casa al dejar la faena:
 — ¡Animo, muchacho...!
 ¡que sea lo que quieras...!
 y si ves que la moza te quiere,
 poquito a poquito se hacen las haciendas...
 con amor, con trabajo, con ansias,
 guardando monedas,
 y dejando de noche amilidades,
 que allí en la taberna,
 no dan ná que sea bueno, y en cambio,
 hacen que se tomen del mal todas las sendas...
 Así me alentaba;
 me daba la vida su expresión sincera,
 y pensaba en mi novia, que, ¡nada!
 me daría como ella,
 la paz que yo ansiaba
 lograr en la tierra...!

Pero mi alegría
 se trocó en tristeza,
 y no me dejaba
 dormir la impaciencia...
 y lo eran pesares,
 para mí... para ella...
 porque, cuando fortunas tendría
 pa comprar la tierra,
 levantar la casita en su en medio
 y darle el impulso prestado a la hacienda...?
 ¡Oh, qué pronto le dijo mi amo...!
 ¡Qué tristes las horas para aquel que supera
 y ve que fates pasan despacio, despacio,
 tan lentas, tan lentas,
 que parece que el día ahogado
 como una nube, a nadie le llega...!
 ¡Qué tiempos los días

y las noches eran,
 aún sabiendo que a mí me quería
 solo la mozneta
 que vide una tarde
 cruzar por la senda...!
 ¡Y es que aquellos amores se hacían,
 muy largos... muy largos... y tan largos eran,
 que los dos llorábamos
 la desgracia, funesta
 de ignorar cuando Dios nos mandase
 aquellas monedas,
 que el amo había dicho
 que era lo bastante para nuestra hacienda.
 Y pasaban las noches de lluvias,
 y pasaban las noches serenas,
 y entre paz, entre calma, entre flores,
 en la huerta aquella,
 estaban dos almas,
 vaquero y vaquero,
 escuchando las tiernas canciones
 de las aves parteras...
 los murmullos del bosque...
 las dulces cadencias
 de las brisas, los vientos, las auras,
 los murmullos del agua al correr por la acequia
 ¡y yo no sabía que hacer sin aquello,
 que era tan preciso pa fundar la hacienda!

III

Pero el amo me dijo una tarde
 al ver mi tristeza:
 « ¡Vaya, vaquerillo,
 se acabó tu pena...!
 Ve y dile a esa moza
 que vive en la aldea,
 y sirve en la casa
 del maestro de escuela,
 que si ella te quiere
 te casas con ella...!»
 Lo que yo sentí entonces,
 ¡cuánta alegría!
 Se llenaron mis ojos de lágrimas,
 con el alma entera
 besaba las manos
 de aquella alma honesta,
 que lloraba también y seguía:
 « ¡Levántate, serena
 tu frente, vaquero, no llores,
 ya lo sabes, piensa
 si quieres casarte,
 y anda y ve por ella...
 que si me has servido
 fielmente, interesado
 en la hacienda que vivo,
 todos los suores que has dejado en ella...»
 El pedazo de tierra que llamo
 con esta parcela,
 pa tí lo he comprado,
 y con él te quedas...
 y en cuanto al dinero
 que en la boda sea
 preciso gastarse, yo lo tengo,
 para que si sin veas,
 que a todo el que es bueno
 Dios le recompensa...

No es que, acaso, te de una ilusina...
 pasado algún tiempo, iremos a cuentas...
 y como eres un hombre que sabe
 lo que es la conciencia,
 cuando quieras que puedas hacerlo,
 cuando bien te venga,
 me pagas, ya, ¡nada!
 pa tu propia hacienda...

pa que siempre te acuerdes y digas
 que la Providencia,
 se encuentra en todas partes
 y a todas partes llega...

¡No quiero acordarme, no quiero,
 porque el llanto ya hablar no me deja...!

Y le fui pagando...

le saldé la cuenta,
 y gracias al amo
 hoy tengo la hacienda,
 que más bien un pedazo de cielo
 parece que de tierra...

porque hasta dos ángeles
 han venido a ella,
 y hoy ya soy dichoso
 con mi compañera...
 la mujer más noble,
 la mujer más buena,
 y más laboriosa
 que pisa la sierra.

¡Hay que ver como están los narajos...!
 ¡Hay que ver como está la pradera...!
 ¡Hay que ver como crecen las plantas,
 y que buena va a ser la cosecha...!
 ¡Mi mujer ya me dice, que hoguero,
 dará pan a todos los pobres que vengan...!

IV

Pero dentro de toda la dicha
 que tengo en la huerta,
 ya me parece que todo se pone
 sin el amo, lleno de tristeza...
 porque el amo ya ha muerto, y el alma
 era él de mi casa y mi hacienda...
 y es que a mí, cuando a verme venía
 a ver si había hecho cobales mis cuentas,
 me parecía que era el Dios que bajaba
 del cielo a la tierra,
 como el ángel que guarda en la cuna
 al niño de teta,
 pa que nadie se atreva a tocarlo
 cuando y su madre rendida se queda...
 ¡la madre que vive pensando en su hijo,
 igual que mi amo pensaba en mi hacienda...

¡No quiero acordarme, no quiero...!
 ¡Voy a echarme un rato...! ¡déseme que duerma...!
 ¡A estas horas venía todas las tardes...!
 ¡Parece que aún le miro bajar por la cuesta...
 cruzar el arroyo... cogier la sendita
 camino a la hacienda...!
 ¡Aún me parece que el perro le sale
 y a sus pies se echa...!
 ¡Aún me parece que su voz escuché...!
 — ¡Buenas tardes, muchacho... adios Pepa...!
 ¡Oh, qué bueno era el amo...! ¡qué bueno!
 ¡Los hombres tan buenos morir no debieran...!
 ¡No sé cómo el alma,
 sin él se consuela...!
 ¡Voy a echarme un rato...!
 ¡Déseme que duerma...!
 Si alguien me buscare,
 ¡que espere...! ¡que vuelva...!
 que a estas horas a nadie recibo,
 ¡¡porque aún me parece, que el amo es quien llega...!

CECILIO RECALDE ROSADO

Cartagena,